

I
E
L
A

RECEIVED

FEB 16 1987

REVISTA

TEOLOGICA



PUBLICACION

DEL

SEMINARIO

CONCORDIA

... crezcamos en todo en aquél que es
la cabeza, esto es, Cristo.

Efesios 4: 15

1986

-

Número 124



CONTENIDO:

Página

++ EDITORIAL - A PESAR DE QUE	1
++ LA BIBLIA PARA COMPUTADORAS PERSONALES	3
++ EL SEMINARIO CONCORDIA HACE SABER QUE	4
++ <u>SENSUS LITERALIS</u> / LA PALABRA EN LAS PALABRAS	6
++ PASTORES - ¿PARA QUE?	16
++ <u>LA PERSONA</u> - <u>LA PALABRA</u>	22
++ SIMBOLICA: JUSTO - ¿EN OPINION DE QUIEN?	23
++ EVANGELISMO: PALABRAS QUE CREAN BARRERAS	30
++ RELIGION Y MORAL	33
++ VIDA CONGREGACIONAL:	
MENOS BAUTISMOS DE ADULTOS	34
¿ LOS BORRAMOS, PASTOR ?	35
++ LITURGIA :	
ANDEMOS EN LA PRESENCIA DE CRISTO	37
ORDEN PARA UN ANIVERSARIO DE BODAS	41
++ LIBROS	45

Al inscribirse, indique qué curso de especialización desea tomar después. Una vez finalizado el mismo, podrá participar en otro de su preferencia. Recordemos que el 'Curso Básico de Teología' es la base para todos los cursos especiales.

Deseándole las más ricas bendiciones, saluda fraternalmente

Edgar A. Kroeger
Director

° Quien desee informes más detallados, diríjase a la dirección mencionada.

* * * * *
* * * * *

SENSUS LITERALIS / LA PALABRA EN LAS PALABRAS

Una reflexión hermenéutica
acerca del entendimiento de las Escrituras

Prof. Dr. Eugenio Klug
Ft. Wayne, EE.UU.

"Literalismo" - este término se usa a menudo, y con cierto matiz crítico, para indicar un apearse en forma excesiva a palabras y letras sin dar la debida importancia al sentido que dichas palabras intentan transmitir. Por otra parte, "literalismo" puede significar también respeto por el sentido simple, común y originalmente intentado de una palabra, o de las palabras que forman una oración dada. Este respeto es la base imprescindible para toda comunicación y comprensión; y donde no existe, tampoco es posible un intercambio de opiniones válido entre una persona y otra, algo tan fundamental en el campo - diríamos: en el arte - de la interrelación de los seres pensantes. En efecto: ninguna, otra criatura ha sido equipada por su Creador con la facultad de compartir pensamientos, palabras, ideas. Pues a todas luces, el ser humano no es sólo cuerpo y cerebro; posee además una mente y

un alma, y únicamente la combinación de todos estos factores constituye la persona íntegra, capaz de comunicarse con otras personas. Así Dios lo creó al hombre, así lo planificó, a fin de que ese hombre, como la más noble de las criaturas, fuese capaz de vivir en comunión con el Hacedor en una relación bendita y dichosa - al menos, bendita y dichosa hasta que el hombre cayó en pecado.

Pero a pesar de ello, Dios siguió manteniendo informados a los hombres acerca de Sus bondadosos propósitos para con ellos, en especial respecto de cómo obtendrían la salvación de sus pecados. Mientras que en los albores de la historia de la humanidad, Dios escogió diversas vías de comunicación con el hombre (apariciones, visiones, sueños, o señales especiales como la de la zarza ardiente), en la actualidad se vale, para hacerse conocer, de los informes escritos de los profetas y apóstoles, especialmente elegidos y dotados para este fin; ellos son los instrumentos usados por Él para transmitir Su palabra inspirada.

Si bien las Sagradas Escrituras no tienen paralelos en lo que se refiere a su origen, en su aspecto formal en cuanto a palabras, frases y estructura gramatical y sintáctica no difieren de lo que es de uso corriente en la literatura humana en general. De ahí que las vías de acceso a su entendimiento hayan de ser las comúnmente en uso. En un principio existió una lengua única; sólo con la confusión de lenguas que llevó al fracaso la construcción de la torre de Babel se produjo la proliferación de los idiomas y dialectos, y no se puede decir que este proceso diversificador haya llegado definitivamente a su fin. Es muy importante destacar, sin embargo, que todas estas lenguas existían, eran habladas, entendidas y aun plasmadas en alguna forma escrita mucho antes de que se establecieran reglas que fijaran su sintaxis, gramática, etimología de palabras y demás accidentes elaborados poco a poco por los eruditos. Esto hace que la ciencia de la interpretación - lo que en la teología se llama comúnmente 'la hermenéutica' - sea posterior y no anterior a la capacidad humana de comunicarse, ni tampoco condicionadora de la misma.

Por lo tanto, la gran tarea, también y precisamente en la interpretación de las Sagradas Escrituras, es captar con la mayor exactitud posible el sentido que las palabras quieren transmitirnos. Cualquier otro modo de acercarse al texto sólo logrará reproducir en forma 'distorsionada' el propósito del autor - en el caso de las Sagradas Escrituras, el propósito de Dios. Preocupa

ción máxima de todo intérprete debe ser, por ende, atenerse al sentido originalmente intentado, usual, de las palabras, al 'sen sus literalis'. Johann Gerhard, uno de los teólogos luteranos de primera fila a comienzos del siglo 17, definió la tarea del exégeta, o intérprete, con los siguientes muy acertados términos:

La Escritura nos ha sido dada para que los hombres conozcan la salvación preparada por Dios (Jn. 5:39; 20:31; 2 Ti. 3:15). Los que predicán y enseñan en la iglesia tienen una doble responsabilidad: por una parte, descubrir y entender el sentido intentado de la Escritura, y por otra parte, presentarlo a sus oyentes en forma fiel y clara para que la palabra de Dios, correctamente aplicada, pueda ejercer su influencia salvífica, y para que todo esto contribuya a que sea glorificado el Señor (1 Co. 10:31). Una interpretación que falta en este propósito de glorificar a Dios y que debilita o pone en tela de juicio lo que la Escritura dice con respecto a la salvación de los hombres, no es una exégesis verdadera y sana.

Lutero comentó cierta vez que cuando Dios dio a los hombres Su palabra en las Sagradas Escrituras, no lo hizo para aumentar las tinieblas en que ya de todos modos se hallaban sumidos a causa del pecado, sino para iluminar los corazones humanos y enseñarles el camino hacia la salvación. (Edición de Weimar WA 18, 654 656; Obras de Martín Lutero, Ed. Paidós [en adelante OML] tomo IV, págs. 111-114, 'De servo arbitrio', tít. en castellano 'La voluntad determinada', año 1525). Por eso Lutero, como intérprete concienzudo y cuidadoso de la Biblia, partía de la presuposición de que Dios dio su palabra en forma clara y la proveyó de un solo sentido. No cabe conjeturar que en lo dicho por Dios haya segundas intenciones o palabras de doble sentido. Es verdad: hay ciertos autores - y nuestra época no constituye una excepción - que se nos vienen con el propósito manifiesto de confundir a los lectores y de inducirlos al error, y a tal efecto convierten en oscuro un texto claro; pero es igualmente manifiesto que con este proceder no le hacen ningún favor al arte de la comunicación. El sentido común nos dice que el término medio de los hombres hablan con la intención de que se los entienda. Y podemos dar por seguro que Dios tiene el mismo propósito. Los autores sagrados así lo subrayan de diversa manera. El salmista confiesa: "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino" (Sal. 119:105). "Tenemos también la palabra profética más

segura", recalca S. Pedro, "a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro". Por cuanto la palabra de Dios es una luz, y no un velo negro que encubre las cosas a nuestra vista, el apóstol sigue argumentando: "Entendamos primero esto: que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1:19-21).

Se ha de presuponer, pues, como un principio fundamental, que todo pasaje bíblico tiene un único sentido intentado, literal, propio, ('sensus literalis unus est'), y además, que la Escritura es el mejor intérprete de sí misma ('Scriptura Scripturam interpretatur' o 'Scriptura sui ipsius interpres'). Condición previa para el lector o intérprete es, por supuesto, que posea un conocimiento adecuado del vocabulario y de la estructura gramatical del idioma en que lee la Biblia. Y como los libros que constituyen las Sagradas Escrituras fueron escritos originalmente en hebreo y en griego, es preciso que el estudioso de la Biblia, para ser competente, esté familiarizado con dichas lenguas, a fin de que pueda producir una traducción confiable y exacta. Si están dadas estas condiciones, todo lector de la Biblia dotado de una inteligencia normal debería estar en condiciones de entender las Escrituras en su lengua materna.

Por lo común, un maestro de experiencia madura será una valiosa ayuda para el principiante. Así, el discípulo Felipe ayudó al eunuco etíope, novicio en la fe, a comprender cómo el pasaje de Isaías 53 se relaciona de una manera admirable con el Cristo resucitado (Hch. 8:35). De un modo muy parecido, Pedro iluminó el entendimiento de sus oyentes en el día de Pentecostés (Hch. 2). Otro tanto hizo Cristo mismo, quitando las telarañas no del Antiguo Testamento sino de la cabeza de los discípulos en el camino a Emaús (Lc. 24). El apóstol Pablo a su vez daba por sentado que las congregaciones destinatarias de sus cartas no tendrían dificultades con entenderlas, y que luego las intercambiarían entre sí, como en el caso de la carta a los colosenses ("haced que también se lea en la iglesia de los laodicensés, y que la de Laodicea la leáis también vosotros", Col. 4:16).

Principio básico y punto de partida tanto para el que quiera comunicar algo como para el que quiera interpretarlo es que toda palabra escrita o hablada debe tener un sentido o significado único y determinado. Suponer o afirmar que existe un doble sig-

nificado o una segunda intención, ya es ir más allá de esta regla fundamental de la comunicación. Puede ocurrir, claro está, que cierto pasaje presente serias dificultades a la interpretación, o que diferentes exégetas hagan diferentes exégesis de uno y el mismo texto. Pero esto no quita validez al principio básico que rige tanto para el que comunica el pensamiento como para el que lo interpreta, a saber: que hay un único sentido intentado.

En materia de lenguaje ambiguo e interpretación correspondientemente diversa existe la anécdota de un caso jurídico ficticio construido por el poeta inglés Alejandro Pope (1688-1744) y su amigo Fortesque. Se trata de un tal Sir John Swale que legó a su amigo, Mr. Stradling, todos sus caballos negros y blancos. Muerto Sir John, se hizo el inventario de los caballos, con el siguiente resultado: seis blancos, seis negros, y seis tobianos, es decir, de color negro y blanco. El problema era ahora: ¿cuáles de los caballos serían para el señor Stradling: los seis blancos y los seis negros, o los seis tobianos, de color blanco y negro? El asunto pasó a juicio, y el tribunal tuvo que decidir: ¿recibiría el sr. Stradling los doce caballos, o los seis? Por supuesto que no podría quedarse con todos. Pero ¿cómo probarlo? No se halló solución al dilema, y hasta el día de hoy no se sabe cuántos caballos y cuáles debían ser entregados a Mr. Stradling.-

Esto nos lleva a una consideración de extrema importancia en la interpretación del texto bíblico: ¿qué hacer con pasajes que sobrepasan la capacidad de entendimiento de la mente humana? Pensemos p.ej. en los relatos de los milagros, en los actos sobrenaturales de Dios comenzando con la obra de la creación hasta la resurrección de los muertos. O pensemos, como lo hizo Lutero en su famoso escrito contra Erasmo 'De servo arbitrio', en los artículos capitales de la fe que Dios nos ha revelado: la Trinidad, la Encarnación de Cristo, su Resurrección, la Conversión del pecador obrada por el Espíritu Santo mediante la palabra. Lutero dice al respecto:

Que en Dios hay muchas cosas escondidas que permanecen ignoradas por nosotros, nadie lo pone en duda ... Todo lo que las Escrituras contienen está puesto al alcance de nuestro entendimiento, aun cuando algunos puntos sigan siendo hasta ahora oscuros por nuestro desconocimiento de las expresiones. Tonto es, empero, e impío, el que, sabiendo que todas las cosas de las Escrituras yacen en la

más clara luz, llama oscuras estas cosas a causa de unas pocas palabras oscuras (OML IV, págs. 45 y 46).

Si nos conformamos con lo que Dios da a entender a su iglesia mediante Su palabra, lo que él nos enseña es claro e inequívoco. La 'oscuridad', por lo tanto, la tenemos dentro de nosotros, por nuestra condición de seres humanos imperfectos; la luz empero proviene de la palabra de Dios. Y lo que nos incumbe hacer no es manejar el texto en forma arbitraria, sino aceptar lo que en él se nos da a conocer. Partir de que la palabra de Dios es ambigua, u oscura, o ambivalente, o susceptible de ser interpretada en doble sentido, especialmente en los artículos fundamentales de la fe, "es el mismo diablo", según Lutero (comp. OML tomo V, pág. 380, 'Confesión acerca de la Santa Cena de Cristo'). Es también la fuente de la cual brotan muchos errores y divisiones en la iglesia. Y lo triste es, además, que "todo hereje opina que su propia interpretación es la adecuada" (comp. OML IV, pág. 267).

Por ende, el 'sensus literalis' siempre tiene prioridad; y para que su significado no quede oscurecido o se pierda, el exégeta debe proceder con gran cautela para eludir la tentación de mezclar lo comunicado por el texto con sus propias ideas personales. Esta regla básica de ninguna manera intenta minimizar los muchos y sutiles aspectos del lenguaje figurado o particularmente enfático. En cualquier idioma, y por lo tanto también en el de la Biblia, se emplea a veces el lenguaje figurado. Pero la inclinación excesiva a una interpretación alegórica, o a declarar a una frase 'figura retórica' contra la voluntad del autor, ha sido y sigue siendo una de las peores plagas que afligieron y afectaron a la producción literaria en general y a la teología en particular. El sentido literal de una palabra o frase - dentro, por supuesto, de su propio contexto sintáctico y gramatical - debe permanecer en pie, a menos que el texto mismo, o el contexto, exija que se lo tome en sentido figurado. Lutero tiene razón, por lo tanto, cuando se opone a una interpretación simbólica de lo relatado en Génesis caps. 1 a 3. Su argumento es que en estos capítulos no hay el más leve indicio de que el autor haya tenido la intención de hablar en un lenguaje figurado. Moisés "llama todas las cosas por su nombre, día, tarde, mañana, como solemos hacerlo nosotros, sin alegoría alguna", quiere decir, al describir por inspiración divina la obra de la creación, la describe tal como realmente Dios la efectuó (comp. WA 42, 4: 'Comentario sobre Génesis'). Por otra parte, cuando Jesús llama "zorras" a

Herodes (Lc. 13:32), es obvio que emplea una metáfora con la cual define muy gráficamente la naturaleza astuta y artera de aquel gobernante (comp. OML tomo V, pág. 386 y sigtes.).

Tales metáforas, tomadas del reino de la naturaleza, para dar más colorido a lo dicho o para ilustrar una verdad, siempre "se mueven en cierta dirección", es decir, parten del sentido natural hacia su nueva aplicación como adecuado elemento de comparación. Así, Jesús se llama a sí mismo, con toda propiedad, el Camino, la Vid, la Puerta, el Pan de vida, el Agua de vida, el Buen Pastor; y en cada caso, el movimiento de la metáfora desde el uso natural al uso nuevo conduce a un entendimiento preciso del sentido literal que Jesús tenía en mente (comp. OML tomo V, pág. 447 y sigtes.). Desde todo punto de vista, Jesús es Aquel en quien la idea indicada por estas metáforas halla su expresión más acabada, pues no hay ningún otro que, como Jesús, sea en forma tan completa el Camino, la Vid, la Puerta, etc. Cualquiera que lea esto, sabe de qué se trata. Si acepta la verdad que esas palabras le enseñan - esto es otra cuestión. Pero aun en el caso de que rechace las enseñanzas de Cristo, con su mismo rechazo demuestra haber entendido lo que el Maestro quería decir.

Ahora bien: las figuras retóricas usadas en la Biblia no se limitan sólo a la metáfora. Hay también muchas otras: comparaciones (como en Is. 55:10-11, donde se compara la 'nieve' con la palabra de Dios); metonimias ('copa' en vez de vino, en 1 Co. 11:27); sinécdoques (como en Ro. 1:16, donde una parte, 'el judío y el griego', representa al todo, a la humanidad entera). Y con esto no concluye la lista. También las parábolas, que Jesús usó con tanta frecuencia en su método de enseñanza, pertenecen al género del lenguaje figurado. Si bien estas narraciones caldadas de la vida diaria no son informes acerca de hechos reales, sin embargo ilustran de un modo magistral las verdades espirituales que Jesús quería hacer entender a sus oyentes.

La Sagrada Escritura trae incorporado su propio sistema de seguridad para impedir la distorsión incontrolada de su mensaje. Uno de los elementos más importantes de ese sistema es el principio de la "analogía fidei", o "analogía de la fe", que sostiene que toda interpretación tiene que estar en acuerdo con la fe en Cristo como centro de las Escrituras - y es el Señor mismo el que insiste en que "la Escritura no puede ser quebrantada" (Jn. 10:35), garantizando así su carácter de coherente, exenta de contradicciones. Conforme a este principio, la propia Escritura

arroja luz sobre pasajes al parecer difíciles y oscuros mediante otros pasajes, claros e inequívocos, que hablan del mismo tema. Además, ninguna interpretación de un pasaje dado debe discrepar de doctrinas enseñadas con claridad o artículos de la fe, particularmente del artículo central de la justificación por la gracia de Dios mediante la fe. Esto no quiere decir que todos los artículos de la fe se puedan cortar sobre el mismo patrón - racionalista - ni mucho menos que la razón humana sea el árbitro en materia de Sagradas Escrituras, puesto que carece de toda atribución para ello. Antes bien, todo expositor que se atiene fielmente a las Escrituras como autoridad suprema estará dispuesto a "considerar su conciencia como cautiva de la palabra de Dios", como se expresó Lutero ante la Dieta de Worms (comp. Roland H. Bainton, 'Lutero', Edit. Sudamericana, pág. 204). Ocasionales dificultades que se presentan con ciertos pasajes bíblicos no alteran ni invalidan el principio antes enunciado de que la Escritura, en su propio sentido literal, es el mejor intérprete de sí misma. Esto hace que estén demás las construcciones arbitrarias de significados, en especial donde se trata de pasajes del todo claros. Una "analogía de fe" artificial, de fabricación propia, destinada a introducir en el texto las nociones preconcebidas del exégeta es, lisa y llanamente, un acto de barbarie cometido contra la palabra divina. Lo mismo puede decirse respecto de lo que alguna vez se ha dado en llamar el 'sensus plenior', el sentido más pleno o más profundo de las Escrituras, que en tiempos de Lutero estaba en boga entre los teólogos de la iglesia oficial. Esta técnica peligrosa hizo posible que versículos bíblicos enteramente claros fuesen cargados con el lastre de la opinión personal del intérprete. Pensando en esta suerte de triquiñuela exegética, Lutero comenta:

El intérprete que trata de arrojar luz sobre pasajes claros citando para ello más que nada pasajes oscuros, se burla de las Escrituras y las convierte en una cantera de dudosa utilidad. (Comp. OML tomo IV, pág. 44 y sigtes.)

Una vez que se admita que una exégesis, para ser buena, invariablemente tiene que respetar el sentido literal, el contexto, los accidentes sintácticos y gramaticales, el enfoque literario e histórico, la interconexión entre profecía y cumplimiento, así como la estrecha unidad de las Escrituras de ambos Testamentos: ¿cómo podríamos definir, entonces, el cometido del expositor? Sencillamente como un "volver a contar" ('enarratio'), un "tomar de la mano para conducir a la verdad que la Escritura misma quie

re comunicar" ('manuductio ad nudam Scripturam').

Tal respeto y cuidado frente al sentido intentado por Dios impedirá también que el exégeta caiga en algún tipo de 'literalismo' insensato, que puede ser tan funesto para una interpretación correcta como lo es por el otro lado la alegorización deliberada. Un literalismo o biblicismo de esa índole es el culpable de mucha interpretación errónea, p.ej., de pasajes del Apocalipsis. Este libro, como es sabido, contiene una gran cantidad de descripciones figuradas y simbólicas acerca de lo que habrá de acontecer en los días postreros. Es obvio, por lo tanto, que las referencias tan marcadamente figuradas de Juan a hechos aún por producirse deben entenderse a la luz de las declaraciones claras y concretas que hizo Cristo respecto de los últimos tiempos, y que quedaron registradas en los Evangelios, ante todo en Mateo caps. 24 y 25. Lo mismo cabe decir en cuanto a las sobrias enseñanzas que los apóstoles impartieron en sus cartas: sería impropio tratar de explicarlas a partir de la escatología apocalíptica. Asimismo, sólo un mentecato podría tomar al pie de la letra aquello de "amontonar ascuas de fuego sobre la cabeza del enemigo" en Ro. 12:20, cuando lo que el apóstol quiere enseñar es cómo el cristiano puede desarmar a su enemigo tratándolo con magnanimidad y bondad - justo lo contrario de la costumbre humana de clamar por venganza. Así también, cuando Jesús da aquel tan a menudo mal entendido consejo de "cortarse la mano" o "el pie" o "sacarse el ojo" (Mt. 18:8 y sigtes.), su intención no es instigar a la mutilación del propio cuerpo; antes bien, sus palabras son una exhortación espiritual, en el tono más enérgico posible, a suprimir pecados que si no son perdonados, pueden acarrearle la condnación eterna al que los comete (comp. Mr. 9:43-48, en especial v. 47).

No se le escapa a nadie que en nuestros días, lo que más hace peligrar la integridad y el correcto entendimiento del texto bíblico no es tanto el así llamado 'literalismo' sino antes bien la muy poco cristiana 'desmitologización' que prácticamente mutila las Sagradas Escrituras. No está demás, pues, hacer énfasis en que lo que ante todo necesita la Biblia en la actualidad, no son duchos expositores sino obedientes oídos. Puede citarse aquí un dicho atribuido a Lutero:

La mayor desgracia para la iglesia cristiana es la funesta inclinación por parte de los hombres de tener en aprecio sus propias ideas acerca de Dios y las cosas de

Dios, independientemente de la palabra de Dios, y al margen de ella. (Comp. p.ej. OML tomo IV, pág. 227.)

Para él, la Biblia siempre fue "el libro del Espíritu Santo". Esto refleja una actitud que tuvo una importancia decisiva en su labor titánica como uno de los más destacados y fieles expositores de las Escrituras que registra la historia. Puede decirse que Lutero vivía del contenido de la Biblia y del mensaje de salvación que ésta le proclamaba a él como lo sigue proclamando a cualquier otro lector. Es una actitud que debería emular todo intérprete sincero para preservar de distorsiones al sentido del texto sagrado. Entonces, la Escritura, cual reina soberana, será para el exégeta la mejor norma en todo lo que concierne a la fe cristiana. Y esto mismo es lo que Dios quiso que fuera.

'EVANGELIUM'

Rev. Teológica de la Hora
Luterana, XII/1985.

Trad. E. Sexauer

* * * * *
* * * * *

PIÉNSELO UN POCO ...

*Quien se casa con el "espíritu de nuestra época",
pronto quedará viuda.*

Sören Kierkegaard.